

tiempos. Y lo que decimos del siglo quinto y del siglo décimo, lo decimos también del siglo décimoquinto. Diríase que el tiempo tiene sus estaciones, sus fases; y que una sociedad ha de recorrer necesariamente un período de cuatro siglos para transformarse en transformaciones profundísimas. Lo cierto es que los cuatro grandes períodos de transición son estos: siglo quinto, siglo décimo, siglo décimoquinto y siglo decimonono.

¿Quién puede dudar que el siglo décimoquinto es uno de aquellos destinados á cumplir las transformaciones mas radicales y mas profundas? El Pontificado se paganiza hasta el extremo de parecer los Papas sumos sacerdotes de Júpiter, y la religion un arte, y un arte plástico; y los poetas, los pintores, los escultores, verdaderos espíritus angélicos de este cielo nuevo, á cuyo calor parece que renacen los dioses antiguos en el seno de la naturaleza y la antigua idolatría bajo la bóveda de los templos. El Imperio se reduce á una especie de farsa; y los Césares de Alemania á una especie de fastuosos y falsísimos actores. Cae la sociedad feudal, derribada por la virtud fausta del trabajo, tan opuesta á la fuerza nefasta de la guerra; las monarquías, auxiliadas por sus jurisconsultos que contrastan el derecho feudal y el derecho canónico, auxiliadas por los ejércitos permanentes que suceden al pendon y á la caldera de las banderas antiguas, auxiliadas por la pólvora que atraviesa la cota del señor y derriba las piedras del castillo, auxiliadas por tantos elementos, derriban por el pié la encina secular de los viejos privilegios feudales, donde tienen su nido tantas aves rapaces como han roído los hígados de la humanidad enclavada sobre el potro de tantos y tan extraordinarios tormentos. Y á las antiguas ligas lombardas, á las antiguas sociedades militares, al antiguo Estado feudal sucede inmediatamente el predominio de las ciudades mercantiles, que tienen flotas como no las han tenido los imperios y que pagan artistas como no los han pagado jamás los Emperadores. Estas ciudades convierten los palacios de sus gremios y de sus ayuntamientos en museos, merced á las riquezas que aportan; y hacen de la vida entera, despues de las largas navegaciones, una serie de certámenes artísticos, de juegos olímpicos, de competencias poéticas, en que parecen resucitados los antiguos tiempos de Grecia y venidas á nuestro mundo las musas muertas al pié de los altares helénicos.

El siglo décimoquinto es el abril de la historia moderna. La yema se hin-

cha de savia, la hoja brota en el tallo, el tallo se orna de flores, las flores se pintan de matices y se cargan de mieles, las mieles llaman el aguijón de las abejas y los pétalos las tenues alas de las mariposas, las mariposas dejan sus larvas oscuras para tomar sus formas aéreas, y los arroyos sus prisiones de hielo para cantar en las honduras, mientras allá arriba, en las copas de los árboles y en los giros de las auras entonan sus coros todas las aves, desde las pareadas alondras que saludan con pios místicos la alborada hasta el amoroso ruiseñor que canta en la noche cerca de su compañera y de su nido la dulce gorjeada serenata, cuyas escalas cromáticas derraman en todos los corazones el primaveral amor y las primaverales esperanzas. Así, en el siglo décimoquinto, la industria da la imprenta que contribuye á eternizar el pensamiento; las ruinas cubiertas de jaramago y de cicuta dan como un sepulcro lleno de vida la estatua que contribuye á perfeccionar el arte; la sometida y rota Constantinopla da, al caer en la ergástula de su servidumbre, el alma de la antigua Grecia que se derrama como una sangre nueva por las ateridas venas del género humano; la filosofía escolástica da, como la larva la mariposa, el platonismo florentino que ilumina con las ideas del mas sublime de los filósofos los abismos del cielo y los abismos del espíritu; el océano da, por fin, para que todo sea milagroso, para que todo sea renovacion, metamorfosis, progreso, esa América que viene con sus virgíneas selvas y con su exuberante vida á renovar y á encender á la misma naturaleza, como si el Universo fuera un poema divino escrito en la inmensidad del espacio con letras de estrellas por el humano espíritu. El siglo décimoquinto es la Pascua de Resurrección tras el Viérnes Santo de la Edad media, en que los altares se hallan cubiertos de negros lutos, los santuarios vacíos y abiertos, la Virgen sola, el Salvador en su tumba de Getsemaní, la Cruz en la cima del Universo, los ángeles llorosos con los signos en las manos de la pasión universal, el miserere de la penitencia llenando de lágrimas amargas los aires oscurecidos; Viérnes Santo, tras el cual viene el día de Pascua, es decir, el día del Renacimiento en que Jesucristo resucita de su sepulcro para subir á los cielos y Psiquis se levanta de su lecho para tomar sus alas de mariposa y su lámpara de novia; en que el Te-Deum de las iglesias sube á las alturas y el repique de las campanas baja mezclado con el Hossanna de los ángeles; en que la inspiración religiosa, que

llena con el alulaya de la mística alegría los aires, se mezcla al zumbido de la abeja, al vuelo de la mariposa, al aroma de la flor, al brote en el tallo, al susurro en el arroyo, al centelleo en la estrella, á la savia en la rama, al cántico del ruiseñor y de la alondra, al sentimiento y expansion de la esperanza.

La sociedad parecia complacerse por este tiempo del Renacimiento en satisfacer todas las necesidades y aspiraciones del espíritu. Necesitábase un medio de romper la roca feudal, hendirla y pulverizarla; y estalló la pólvora. Necesitábase, para abrir los senos de la tierra, para verificar las navegaciones legendarias de los nuevos argonautas, de los portugueses y de los españoles, un punto fijo en el cielo y otro punto fijo en el barco, y vino la brújula providencialmente á señalar con fijeza el Norte en medio del movimiento continuo y de los rápidos cambios de las expediciones marítimas. Necesitábase un nuevo modelo para el arte, y vino la antes ignorada estatua á ocupar las sacristías de nuestras catedrales y los palacios de nuestros Papas. Necesitábase una nueva sociedad; y vinieron las comunidades á organizar las democracias y las monarquías á organizar los Estados. Necesitábase un nuevo sentido para escudriñar los abismos cerúleos, como se habia tenido la imprenta para vencer al tiempo, la brújula para burlar al espacio; y en los tubos de un órgano cayeron por casualidad unos cristales que inventando el telescopio trastornaron la antigua astronomía alejandrina. Pues la conciencia necesitaba renovarse tambien, la Iglesia rehacerse, el cristianismo refundirse, la conciencia idealizarse á fin de subir y subir y encontrar el mas allá en los altares como lo habia encontrado en la ciencia, en el arte, en las instituciones, en la vida toda el humano espíritu. Decir que todas las facultades adelantaban y solo se detenian el sentimiento y la fe, era decir lo imposible. La fe debia renovarse como todo se renovaba en esta edad de la renovacion universal. Y á cumplir el ministerio de renovar la fe, sin apartarla de sus ideas y de sus dogmas tradicionales, vino el alma luminosa del inmortal Savonarola.

Todos los hombres tienen el fondo comun de la humanidad á que pertenecen; y todos tienen los caracteres particularísimos de la individualidad especial que cada uno personifica y representa en el escenario de la historia. Y sin embargo, nada mas comun que pedir á personalidades altísimas llamadas por la voz de una vocacion superior á fines muy especiales, pedirles, decia,

la totalidad de las facultades humanas, como si en un solo hombre pudiera caber el espíritu universal, y un solo hombre pudiera cumplir todos los humanos fines. Así un político se pone á juzgar á Savonarola y le llama imprevisor, incapaz, inhábil, porque no ha tenido las perfidias de la razon de Estado, mientras se pone á juzgarlo un místico, un religioso exaltadísimo, y le llama mundano, tribuno, ambicioso, porque ha mezclado el claustro con la plaza, porque ha convertido el púlpito en tribuna y la tribuna en púlpito, porque ha adorado la religion y la democracia, porque ha defendido el Evangelio y la República. Inútil empeño ese de juzgar á un grande hombre desde un punto de vista exclusivo, tan inútil como el empeño de pedirle todas las facultades y todas las aptitudes humanas. Savonarola representa dos cosas necesarias á la vida en el momento en que aparece: primera, la renovacion de la conciencia religiosa; y segunda, la aplicacion de esta conciencia renovada á la reforma y mejoramiento de la vida social. Satisfacer los votos de tantas almas grandes; cumplir el testamento de los últimos concilios ecuménicos; restaurar las ideas cristianas en las conciencias y hacer descender las conciencias rejuvenecidas y rehechas al seno de la sociedad: hé ahí su hercúleo trabajo y su ministerio histórico. Ya examinaremos si este trabajo se frustró y si este ministerio se malogró; ya examinaremos si la responsabilidad de que el trabajo se perdiera y de que el ministerio histórico se malograra, puede recaer sobre él, ó puede recaer sobre sus implacables enemigos; ya examinaremos si la revolucion vino por el malogro de las ideas, de las esperanzas, de los proyectos de Savonarola. Lo que sí pedimos es que á un hombre de vocacion tan sobrenatural, nacido en tiempos tan épicos, llamado á fin tan concreto, constreñido á sembrar en reducido espacio la semilla de sus ideales para que luego, brotando en aquella tierra, se extendieran por todo el mundo, no se le exijan, no, aptitudes contrarias al ministerio que viene á desempeñar y al fin que viene á cumplir en la historia. Monje, tendrá que ver las cosas del mundo á través de las paredes del claustro; político, tendrá que ver las paredes del claustro á través de las cosas del mundo; místico, tendrá que convertir las leyes morales y religiosas en leyes coercitivas; político, tendrá que dar á la plegaria, al sermon, á la penitencia ciertos aires revolucionarios, cierta complexion guerrera y batalladora; pero con todas estas

contradicciones, quizás á causa de estas contradicciones mismas, nadie en la historia personifica y representa con títulos como él la renovacion del espíritu religioso en las páginas del Evangelio cristiano descendido al seno de la sociedad como una levadura de vida y encarnado como un nuevo espíritu en sus múltiples instituciones.

Savonarola es, como Tito Livio, oriundo de Padua. Estas ciudades vénetas han tenido una maravillosa fecundidad y han dado á luz muy ilustres hijos. Padua vence en antigüedad á Venecia, nacida despues de la muerte de Roma y de la irrupcion de los bárbaros. Y como vence en antigüedad á Venecia tiene un carácter germano-latino, de que carece Venecia, consagrada exclusivamente á recibir los fugitivos escapados al puñal y á la tea de los bárbaros. Es necesario ver estas regiones, como yo las he visto, para alcanzar toda su grandeza. Es necesario verlas, para explicar muchos de los enigmas que guarda en sus jeroglíficos la historia. Allí, en aquellas planicies, donde se entrelazan los álamos con las parras; allí, á la vista de la laguna de San Marcos; allí, cerca de las aguas del deslumbrador Adriático; allí se ve vagar el pensamiento de estas grandes ciudades y el alma de sus antiguas generaciones. Lo cierto es que no podian sus habitantes entregarse á la molicie y al lujo, á que se entregaba la oriental Venecia.

Levantada Padua en las puertas del codiciado lago véneto, tenia que hacer muchas centinelas y que empeñar muchas guerras. Los sacudimientos, que no llegaban á la gran ciudad mercantil, subvertian frecuentemente su suelo y lo desgarraban como desgarran las lavas las tierras próximas á los grandes volcanes. El paduano, que ya se distinguió en la antigüedad por su energía, desplegaba grandes aptitudes para todos los ejercicios de fuerza, como alzado en las encrucijadas de tantos caminos militares y en el centro de tantas y tan terribles guerras. De esta energía nativa tuvo algo Savonarola, pues así como por la nutricion y por la respiracion nos asimilamos parte de la tierra en que vivimos, por las tradiciones y por la educacion nos asimilamos tambien el alma de la gente, de la raza, de la familia, de la ciudad, de la generacion á que pertenecemos. Aquella Padua que perteneciera en alma y cuerpo á la legion de las ciudades güelfas para caer luego en manos del mayor tirano gibelino que en la historia de Italia se conoce, castigada unas veces por las tropas del

Emperador y otras veces por las tropas del Papa, finalmente, en los albores del siglo décimoquinto fué á dar bajo el poder de su mas terrible rival, de la aborrecida Venecia. Los abuelos de Savonarola debieron recoger en estas tragedias, tan propias para acerar el alma, una gran parte de la energía y de la fortaleza que comunicaron luego á su nieto inmortal, batallador y batallador constante, aunque en las batallas incruentas del espíritu, cual la tierra fortísima y terrible á que perteneciera su stirpe. En toda ciudad italiana la fuerza, la energía, el valor que se recogen del suelo ensangrentado por las guerras, témplanse con una gran templanza, dulcificanse con una gran dulzura, por virtud del espectáculo constante que ofrecen á la imaginacion y á los ojos las obras maravillosas de arte. Y Padua, en el siglo décimoquinto, aunque decaida de su esplendor antiguo, conservaba recuerdos capaces de elevar el ideal, sobre todo, para aquellos que cultivan las altas facultades del espíritu. El Giotto dejó en las paredes de sus templos aquellas angélicas figuras, que se dirian adivinadas y entrevistas en los celajes del Empíreo; San Antonio dejó en sus aires aquellas predicaciones que enardecian el ánimo y exaltaban la fibra de la gente italiana; Marsilio dejó en las aulas de sus universidades las cifras misteriosas de aquellos problemas políticos que traian consigo en sus ideas las bases de una nueva sociedad; y por las líneas de iglesias, tan bellas como la iglesia llamada por antonomasia del Santo, habian puesto arquitectos y escultores como los Pisas esas guirnaldas esmaltadas de ideas que destellan sublimes inspiraciones sobre la inteligencia y sobre el corazon de un gran pueblo. De consiguiente, una familia ilustrada en las ciencias, como la familia de los Savonarolas, debia unir al enérgico natural de los patavinos la delicadeza de sentimientos, la universalidad de inclinaciones, la exaltacion de carácter que suelen dar las obras artísticas á quienes las contemplan y las gozan. Y aquí encontramos tambien alguna explicacion al conjunto de cualidades varias que distingue la complexion de Savonarola; su fuerza de voluntad, mezclada con sus inspiraciones múltiples de orador y de poeta.

La familia de Savonarola pertenecia á la universidad de Padua. Como no podemos formarnos hoy una idea de lo que eran las Catedrales en la Edad media, no podemos formarnos tampoco una idea de lo que eran las Universi-